

Areusa y Elicia quieren tomar de Calisto y Melibea por haber sido sus amores ocasión de las muertes de Pármeno y Sempronio llegara á cumplirse, y Calisto pereciera á manos de asesinos y no por el accidente fortuito de la caída de la escala, aun pudiera tener disculpa este largo rodeo, que haría la muerte del amante más verisímil desde el punto de vista material, y más interesante como cuadro escénico. Pero como el rufián Centurio, buscado por las dos mozas para el caso, no hace más que proferir fieros y baladronadas, y el otro rufián, llamado Traso el Cojo, y sus dos compañeros, no pasan de dar cuatro voces y trabar una pendencia de embeleco con los pajes de Calisto, claro es que tres por lo menos de los actos intercalados huelgan por completo, aunque á nadie le pesará leerlos, pues allí fué trazado la primera vez con indelebles rasgos uno de los tipos que más larga vida habian de tener en nuestra literatura dramática y novelesca, la figura del *bravo* de profesión, del baladrón cobarde. Centurio es uno de los personajes cómicos más vivos y mejor plantados de la obra. Ninguna de sus innumerables copias ha llegado á oscurecerle.

Pero hay en la parte añadida bellezas de otro orden, que pertenecen á la más alta esfera de la poesía; que nadie, seguramente nadie, más que el bachiller Fernando de Rojas, era capaz de escribir en España en 1502, cuando ni siquiera habían comenzado su carrera dramática Gil Vicente y Bartolomé de Torres Naharro. Son dos adivinaciones de genio, que conviene reivindicar de la injusta nota que se ha querido poner á esta continuación.

Uno de estos aciertos, salvo pedanterías accidentales, que pueden borrarse mentalmente, es el acto XVI de la segunda versión, en que los padres de Melibea razonan sobre las bodas que proyectan para su hija y ella á escondidas oye su conversación. ¡Qué tormenta de afectos se desata en su alma bravía y apasionada! ¡qué delirio amoroso en sus palabras, tan ardientes como las de Safo y Heloisa! «¿Quién es él que me ha de quitar mi gloria? ¿Quién apartarme mis placeres? Calisto es mi ánima, mi vida, mi señor, en quien yo tengo toda mi speranza; conozco dél que no vivo engañada. Pues él me ama, ¿con qué otra cosa le puedo pagar?... El amor no admite sino sólo amor por paga. En pensar en él me alegro; en verlo me gozo; en oyrlo me glorifico. Haga e ordene de mí a su voluntad. Si passar quissiere la mar, con él yré; si rodear el mundo, lléveme consigo; si venderme en tierra de enemigos, no rehuyré su querer. Dexenme mis padres goçar dél, si ellos quieren goçar de mí; no piensen en estas vanidades, ni en estos casamientos, que más vale ser buena amiga que mala casada».

Pero esta mujer furiosamente enamorada y cuya pasión llega hasta la impiedad, no es una impúdica bacante, sierva vil de los sentidos, sino una castellana altiva y noble, en quien el yerro de amor deja intacta la dignidad patricia. El autor lo ha expresado con un rasgo delicadísimo. Oye Melibea decir á su madre, falsamente persuadida de la virtud de su hija: «¿Piensas que su virginidad simple le acarrea tórpé deseo de lo que no conoce ni ha entendido jamás? ¿Piensas que sabe errar aun cen el pensamiento? No lo creas, señor Pleberio; que si alto ó baxo de sangre, ó feo ó gentil de gesto le mandáremos tomar, aquello será su placer, aquello habrá por bueno; que yo sé bien lo que tengo criado en mi guardada hija». Al escuchar eso, Melibea, enemiga de toda simulación y mentira, siente oprimido el corazón por el engaño en que viven sus padres, y exclama dirigiéndose á su criada: «Lucrécia, Lucrecia, corre presto, entra

» por el postigo en la sala, y estorvales su hablar, interrumpes sus alabanzas con algún fingido mensaje, si no quieres que vaya yo dando voces como loca, segun estoy enojada del concepto engañoso que tienen de mi ignorancia».

«Este rasgo de carácter (dice muy bien Blanco-White), este dolor intenso causado por alabanzas indebidas, pinta á la infeliz Melibea del modo más interesante, y aumenta el efecto lastimoso de la catástrofe».

¿Y habremos de declarar apócrifo todo esto? ¿Lo será también la segunda escena del jardín, que á tantos ha hecho recordar los grandes nombres de Goethe y de Shakespeare? ¿Quién sino un poeta de primer orden, al cual en este caso habría que declarar más eminente que el inventor original, pudo imaginar aquel contraste de voluptuosidad y muerte, asociando á él los misterios de la noche, las armonías de la naturaleza, el prestigio del canto lírico, en versos que conservan perenne juventud, como dictados por el Amor mismo, y que se parecen tan poco á los que solían hacerse en el siglo xv? Ciertamente algunas groserías deslucen este acto. Hay en él cierta embriaguez sensual, que es sin duda de mal gusto y de mal ejemplo. Pero en el trozo bellísimo que vamos á citar no hay una sola palabra que pueda suprimirse ni por razón de arte ni por razón de decoro. La cita será algo larga, pero no la creo inútil, porque, á pesar de las apariencias, son muchos los españoles cultos que no conocen la *Celestina* más que de nombre, y los que la leen no suelen fijarse en la perfección de los detalles.

CALISTO

Poned, mozos, la escala, e callad, que me parece que está hablando mi señora de dentro. Sobire encima de la pared y en ella estare escuchando, por ver si oyre alguna buena señal de mi amor en ausencia.

MELIBEA

Canta más, por mi vida, Lucrecia, que me huelgo en oyrte, mientras viene aquel señor; e muy passo entre estas verduricas, que no nos oyan los que passaren.

LUCRECIA

¡O quién fuesse la ortelana  
De aquestas viciosas flores,  
Por prender cada mañana  
Al partir á tus amores!  
Vistanse nuevas colores  
Los lirios y el açucena;  
Derramen frescos olores,  
Quando entre por estrena.

MELIBEA

¡O cuán dulce me es oyrte! De gozo me deshago; no cesses, por mi amor.

LUCRECIA

Alegre és la fuente clara  
A quien con gran sed la vea;  
Mas muy más dulce es la cara  
De Calisto a Melibea.

Pues aunque más noche sea,  
 Con su vista goçará.  
 ¡O quando saltar le vea  
 Qué de abrazos le dará!  
 Saltos de gozo infinitos,  
 Da el lobo viendo ganado;  
 Con las tetas los cabritos,  
 Melibea con su amado.  
 Nunca fue más desseado  
 Amador de su amiga,  
 Ni puerto más visitado,  
 Ni noche más sin fatiga.

MELIBEA

Quanto dizes, amiga Lucrecia, se me representa delante; todo me parece que lo veo con mis ojos. Procede, que a muy buen son lo dizes, e ayudarte he yo.

LUCRECIA Y MELIBEA

Dulces árboles sombreros,  
 Humillaos cuando veays  
 Aquellos ojos graciosos  
 Del que tanto deseays.  
 Estrellas que relumbrays,  
 Norte e lucero del día,  
 ¿Por qué no le despertays  
 Si dūerme mi alegría?

MELIBEA

Oyeme tú, por mi vida, que yó quiero cantar sola.

Papagayos, ruyseñores,  
 Que cantays al alvorada,  
 Llevad nueva a mis amores,  
 Cómo espero aquí asentada.  
 La media noche es passada,  
 E no viene.  
 Sabedme si hay otra amada  
 Quél detiene (!).

(!) *Que lo detiene*, dicen la edición de Valencia, 1514, y otras muchas. Por evidente razón métrica prefiero el texto de Gorchis, tomado, al parecer, del de Zaragoza, 1507.

Creo enteramente casual la coincidencia entre los últimos versos que canta Melibea con el célebre fragmento de Safo:

Δέδοε μὲν ἃ σελίνων  
 Καὶ Πληγάδες, μέσση δὲ  
 Ὑύπερ, πρὸς δ' ἔρχεθ' ὄρη  
 Ἐγὼ δὲ μόνη καθεύδω.

(*Poetae Lyrici Graeci*, ed. Bergk, Leipzig, 1845, pág. 612.)

La semejanza de la situación ha inspirado la misma frase al bachiller Rojas y á la poetisa de Lesbos, pero la imitación hubiera sido imposible, puesto que antes de 1556 no fueron coleccionados

CALISTO

Vencido me tiene el dulçor de tu suave canto; no puedo más sufrir tu penado esperar. ¡O mi señora e mi bien todo! ¿Cuál muger podia aver nascida, que desprivase tu gran merescimiento? ¡O salteada melodia! ¡O gozoso rato! ¡O coraçon mio!...

MELIBEA

¡O sabrosa traycion! ¡O dulce sobresalto! ¿Es mi señor de mi alma? ¿Es él? No lo puedo creer. ¿Dónde estavas, luziente sol? ¿Dónde me tenias tu claridad escondida? ¿Avia rato que escuchavas? ¿Por qué me dexavas echar palabras sin seso al ayre, con mi ronca voz de cisne? Todo se goza este huerto con tu venida. Mira la luna quán clara se nos muestra; mira las nubes cómo huyen. Oye la corriente agua de esta fontecica, ¡quanto más suave murmurio e ruido lleva por entre las frescas yervas! Escucha los altos cipreses, ¡cómo se dan paz unos ramos con otros por intercession de un templadico viento que los menea! Mira sus quietas sombras, ¡quán oscuras están e aparejadas para encobrir nuestro deleyte!...

En resumen, la *Celestina* de diez y seis actos y la *Celestina* de veintiuno pertenecen á un mismo autor, que por todas las razones expuestas no creemos que pueda ser otro que el bachiller Fernando de Rojas, el cual unas veces refundió con acierto y otras con desgracia lo que de primera intención había escrito: pereance en que suelen tropezar los más discretos. Por lo demás, es imposible desconocer su mano, tanto en la creación de las nuevas figuras como en la manera de sostener las antiguas. De los reparos que se han hecho á esto hablaremos más de propósito al tratar de los personajes que intervienen en la *Tragicomedia*. La identidad del estilo no ha sido negada por nadie y viene á reforzar todas las pruebas alegadas. Felicitémonos, pues, de poseer dos versiones de una obra maestra, que tanta luz dan, cotejadas entre sí, sobre los procedimientos del autor, pero no sacrifiquemos la una á la otra y reimprimámoslas siempre juntas. No amengüemos por mera caviliosidad nuestros goçes estéticos: también la hiper crítica tiene sus peligros; acordémonos, no ya del P. Harduino, sino de lo que moderadamente hizo el holandés Hofman Peerkamp con el texto de las obras de Horacio (!).

Aun no hemos agotado las cuestiones previas al estudio de la *Celestina*. ¿Cuándo

los fragmentos de Safo, y antes de 1526 no fué impreso el texto del gramático Hefestión, que nos ha conservado esos cuatro versos, débil pero fielmente traducidos por nuestro Castillo y Ayensa:

Ya sumergiöse la luna,  
 Ya las Pléyadas cayeron,  
 Ya es media noche, ya es hora,  
 ¡Triste! y yo sola en mi lecho?

(*Poesias de Anacreonte, Safo y Tirteo...* Madrid, Imp. Real, 1852, pág. 102.)

(!) La paradoja del erudito director de la *Revue Hispanique* ha hecho pocos prosélitos. Entre los críticos que disienten de ella debemos mencionar (además de nuestro Bouilla) á doña Carolina Michaëlis de Vasconcellos (*Literaturblatt für germanische und romanische Philologie*, n.º 1.º, 1901) y á Mr. E. Martinenche (*Bulletin hispanique*, tomo IV, 1902, pp. 95-103), *Quelques mots sur la Celestine*. «Je dois ajouter (dice Martinenche) que, s'il a vraiment existé, cet *adicionador* est en tout cas fort loin d'être l'écrivain maladroite que suppose M. Foulché-Delbosc. Il est, en effet, dans la *Célestine*, une scène qui a fait songer à Shakespeare, et qui mérite cet honneur. Cet immortel duo d'amour, ce n'est pas celui de l'acte XIV, c'est celui de l'acte XIX. J'ai presque autant de peine à refuser à Pierre Corneille la seconde entrevue de Rodrigue et de Chimène».

fué escrita aproximadamente? ¿En qué lugar de España quiso poner el autor la acción del drama?

La primera cuestión es insoluble hasta ahora. El único pasaje que puede dar alguna luz sobre ella se encuentra en el *auto* tercero, y ha sido interpretado de tan varios modos, que unos inferen de él que la *comedia de Calisto* es posterior al año 1492, otros que debió de ser escrita en 1483 y otros que no puede fijarse con precisión fecha alguna. Veamos de qué se trata: «El mal y el bien, la prosperidad y adversidad, la gloria y pena, todo pierde con el tiempo la fuerza de su acelerado principio. Pues los casos de admiración venidos con gran desseo, tan presto como passados, olvidados. Cada día vemos novedades, y las oymos, y las passamos y dexamos atrás: disminuyelas el tiempo, fazelas contingibles. ¿Qué tanto te maravillarías, si dicesen: la tierra tembló; o otra semejante cosa, que no olvidasses luego? Assi como: elado está el río, el ciego vee ya, muerto es tu padre, un rayo cayó, ganada es Granada, el rey entra oy, el turco es vencido, eclipse hay mañana, la puente es llevada, aquel es ya obispo, a Pedro robaron, Ines se ahorcó. ¿Qué me dirás sino que a tres dias passados o a la segunda vista, no hay quien dello se maraville? Todo es assi, todo passa desta manera, todo se olvida, todo queda atrás».

El sentido general de estas palabras de Sempronio no puede ser más claro. Todas las cosas, por admirables que parezcan al principio, dejan de causar maravilla con el tiempo y con el hábito. Pero los ejemplos que se traen para probarlo ¿son de cosas pasadas ó futuras? Evidentemente lo segundo, cuando se trata de hechos concretos como la conquista de Granada, el vencimiento del turco, la entrada del rey; no de cosas genéricas y que en todo tiempo acontecen, como «muerto es tu padre (1), un rayo cayó, aquél es ya obispo, a Pedro robaron, Ines se ahorcó». No creo que *ganada es Granada* sea una frase proverbial, que lo mismo pudo emplearse antes que después de la conquista, y que sólo alude á la dificultad de la empresa. No es regla segura tampoco el que la acción de una obra ficticia haya de coincidir con los datos de la cronología histórica, pero el señor Foulché nota con razón que esta coincidencia es general en las obras antiguas.

Entendido el pasaje de esta manera, sólo nos autoriza para decir que la *Celestina* fué escrita antes de la rendición de Granada (2 de enero de 1492) y cuando todavía se consideraba ésta como un acontecimiento remoto. La guerra había comenzado en 1482. Su término venturoso no pudo presagiarse con claridad antes de la toma de Málaga en 1487, ó más bien hasta la rendición del rey Zagal en Baza (1489). La resistencia de la capital se prolongó todavía dos años.

El Sr. Foulché-Delbosc, que por su tesis contra Rojas propende á exagerar la antigüedad de la *Celestina*, la hace remontar hasta 1483, conjeturando que la alusión al vencimiento del turco es una reminiscencia del sitio de Rodas en 1480; que «la puente es llevada» debe de referirse al hundimiento de uno de los arcos del puente de Alcántara en Toledo, que fué reparado en 1484; que el eclipse de sol puede ser el de 17 de mayo de 1482, y finalmente, que la frase «aquél es ya obispo» hace pensar en don Pedro González de Mendoza, que comenzó á ser arzobispo de Toledo en 1482. La tal frase es de lo más vago y genérico que puede darse, y á nadie cuadra menos que al gran

(1) Aunque las palabras de Sempronio van dirigidas á Celestina, sería ridículo entenderlas del padre de ésta, que debía estar enterrado hacía muchos años.

Cardenal de España, que ya en 1452 era obispo de Calahorra y la Calzada, que en 1468 lo fué de Sigüenza y en 1473 arzobispo de Sevilla. ¿Qué podía tener de insólito, ni qué estupor había de causar á nadie el que llegase á ocupar la silla primada un varón de extraordinarios merecimientos, tan poderoso además por su linaje, riqueza y sabiduría política, que llegó á ser llamado en su tiempo el tercer Rey de España?

Además estos argumentos son contraproducentes ó se quiebran de sutiles. Si alude Sempronio á hechos pasados, hay que contar entre ellos la toma de Granada, es decir, todo lo contrario de lo que se pretende demostrar. Por consiguiente, no hay prueba alguna, ni indicio siquiera, de que la *Celestina* fuese compuesta entre los años 1482 y 1484. Más natural es creerla del último decenio del siglo, y este parecer es conciliable con cualquier interpretación que se de á las palabras de Sempronio, y con lo que podemos conjeturar acerca de la edad de Rojas.

Es tal la ilusión de realidad que la *Tragicomedia* produce, que ha hecho pensar á algunos que puede estar fundada en un suceso verdadero, y ser históricas las principales figuras. Sin llegar á tanto, sospechamos que hay algunas alusiones incidentales á cosas que el tiempo ha borrado. Aquellas horribles palabras de Sempronio á Calisto en el *auto* I: «Lo de tu abuela con el ximio, ¿hablilla fué? testigo es el cuchillo de tu abuelo», ocultan probablemente alguna monstruosa y nefanda historia en que no conviene insistir más. Acaso la venganza del judío converso se cebó en la difamación de la *limpia sangre* de algún mancebo de claro linaje, parecido á Calisto. También tiene visos de cosa no inventada (y sobre este pasaje me llamó la atención el Sr. Foulché-Delbosc) aquella *venida del embajador francés*, á quien engañó dándole gato por liebre la pícara Celestina del modo que Pármeno lo cuenta en su famosa descripción de la vida y hazañas de su madrina (acto I).

Desde antiguo se supuso personaje real á la famosa hechicera y se enlazó su recuerdo con tradiciones locales de Salamanca, donde suponían muchos que pasaba la acción del drama. Ya se consigna esta especie en uno de los escritos médicos del famoso *Amato Lusitano* (Juan Rodríguez de Castelobranco), que terminó sus estudios en aquella Universidad el año 1529. Habla en su comentario á Dioscórides de una fábrica de cola animal que había en Salamanca, junto al puente del Tormes y no lejos de la casa de Celestina, mujer famosa de quien se hace mención en la *comedia de Calisto y Melibea*: «non procul a domo Celestinae mulieris famosissimae et de quale agitur in *comodia Calisti et Melibea*» (1). Sancho de Muñón, que era natural de Salamanca y puso en la Atenas castellana el teatro de su *Tragicomedia de Lisandro y Roselia* (1542), da á entender que Celestina la barbuda vivió allí y también su discípula y heredera Elicia (2). El doncel de Xérica, Bartolomé de Villalba y Estaña, en *El Pelegrino Curioso*, obra

(1) In Dioscoridis Anazarbei de materia medica libros quinque enarrationes eruditissimi Doctoris Amati Lusitani. Venetiis, apud Gualterum Scotum, 1553, lib. III, en. 99, pág. 1907.

Llamó por primera vez la atención sobre este texto el Dr. Pedro Dias, *Archivos da historia da medicina portuguesa*, 1895, pág. 6.

Véanse la preciosa monografía del Dr. D. Maximiano Lemos, ilustre historiador de la Medicina en Portugal, *Amato Lusitano, A sua vida e a sua obra* (Porto, 1907), pp. 35-38, y el erudito folleto del Dr. D. Ricardo Jorge, *La Celestina en Amato Lusitano, contribución al estudio de la famosa comedia*, traducido para la revista *Nuestro Tiempo* por el Dr. D. Federico Montaldo (Madrid, 1908).

(2) «¿Qué más clara lo quieres? No tienes ya por qué dubdar; y si vas a San Laurencio, junto á la pila de baptizar hallarás sobre su sepultura este epitafio:

terminada en 1577, cuenta que unos estudiantes le mostraron la casa de Celestina. «Y »ansi baxaron por la puente que es larguísima, y de ahí dieron en las *Tenerías*, donde »con gran chacota dixo uno de ellos al Pelegrino: «veis aquí la segunda estacion; esta »dicen ser *la casa de nuestra madre Celestina*, tan escuchada de los doctos y tan acep- »ta, de los mozos tan loada». A lo cual riendo respondió nuestro Pelegrino:

«Reverenciar se debe la morada  
De quien el mundo tiene tal noticia,  
Mujer que es tan heroyca y encumbrada  
¿Qué discreto no quiere su amición?  
De todos los estados es loada,  
Y más de los cursados en milicia:  
Filosofo dichoso y bien andante  
Quien retrató una madre así elegante (1)».

Nueve años después, la casa estaba arruinada, al decir de Bernardo González de Bovadilla, estudiante de aquella insigne Universidad, en su libro *Ninfas y Pastores de Henares* (2), pero en cambio se enseñaba la torre de Melibea. «Se fueron (los pastores) a »pasear y a mostrar a Florino las cosas memorables que hay en la famosa Salamanca; »conviene á saber: los insignes teatros de donde salen los eminentes varones para gober- »nar el mundo y tener a la republica en pacífico estado, los reales y innumerables cole- »gios de doctos y letrados hombres, la cueva cegada donde dicen haberse leído la nigro- »mancia, *la nombrada y poco vistosa torre de Melibea y la derribada casa de la vieja »Celestina*, los pasatiempos y recreaciones del humilde Tejares, etc.» (3).

Una tradición tan vieja y constante algún respeto merece; pero examinada atenta- mente la *Celestina*, nada se ve en ella que convenga á Salamanca más que este pasaje, que puede haber sido el único fundamento de una localización caprichosa: «Tiene esta »buena dueña al cabo de la ciudad, *allá cerca de las tenerías, en la cuesta del río*, una »casa apartada, medio cayda, poco compuesta e menos abastada». Tenerías cerca del río había en otras partes, y lo que nunca ha podido verse en el Tormes son los *navíos*

Las mientes empedernidas  
De las muy castas doncellas,  
Aunque más altas y bellas,  
De mí fueron combatidas;  
Y ablandadas y vencidas  
Con mis sabrosas razones,  
Pusi-ron sus corazones  
En mis manos ya rendidas...

(Siguen otras dos estrofas).

Claro es que ni la sepultura de Celestina en San Lorenzo, ni su epitafio, pueden tomarse en serio, pero son un nuevo documento de la tradición salmantina. (Vid. *Tragicomedia de Lisandro*..., tomo III de *Libros Raros ó Curiosos*, p. 35.)

(1) *El Pelegrino Curioso y Grandezas de España* .... Publicado la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Tomo I, Madrid, 1886, pág. 310.

(2) Tanto este pasaje como el de *El Pelegrino* fueron ya acotados por el Sr. Foulché-Delbo-c.

(3) *Primera Parte de las Ninfas y Pastores de Henares. Dividida en seys libros. Compuesta por Bernardo González de Bovadilla, Estudiante en la insigne Universidad de Salamanca*... Impresa en Alcalá de Henares, por Juan Gracian, Año de M.D.LXXXVII, fol. 178.

de que habla Melibea: «Subamos, señor, al açotea alta, porque desde allí goze de la »deleytosa vista de los navíos» (Aucto XX). Si de lo material se pasa á lo moral, parece muy raro que en una comedia salmantina no se hable ni una sola vez de la Universidad y que ninguno de los personajes sea estudiante. Véase, por el contrario, cuánto los hace intervenir en la suya Sancho de Muñón. No me contradigo al decir esto, y afirmar en otra parte que la *Celestina* es una obra *humanística* y de ambiente universitario, porque esto recae sobre los procedimientos literarios y sobre el fondo de la comedia, no sobre la circunstancia material del lugar de la escena. Calisto, Pármeneo y Sempronio no son estudiantes, pero hablan y piensan como tales: la indigesta pedantería de Melibea y la extraña y abigarrada ciencia de que hace alarde Celestina son más verisímiles en una ciudad literaria que en otra parte. Creo que en Salamanca recogió Rojas los principales documentos humanos para su obra, pero si hubiese querido dar á entender que la acción pasaba allí no habría dotado á la ciudad de un río navegable, ni hubiese dejado de hacer alguna alusión á sus escuelas.

La única ciudad de la Corona castellana desde cuyas azoteas pudiera disfrutarse de la vista de un gran río y de embarcaciones de alto bordo era Sevilla, y por esta sola razón sostuvo el canónigo Blanco que la *Celestina* pasaba en su tierra (4). Pero bien leída la *Celestina*, nadie encontrará en ella indicios de que su autor conociese la región meridional de España y el habla de sus moradores, ni se hubiese fijado en las costumbres andaluzas, todavía más pintorescas entonces que ahora y tan distintas de las que él había visto en el reino de Toledo y en las aulas de Salamanca. Compárese á Rojas con Cervantes en este punto, y se palpará la diferencia. Pintores eminentemente realistas uno y otro, no difieren mucho en la factura, y, sin embargo, los mejores cuadros de Cervantes, hasta cuando pinta las arideces de la llanura manchega, tienen algún reflejo de la luz de Sevilla, al paso que el bachiller Rojas permaneció cruda y netamente castellano, con cierta sequedad y amargura muy ajena del tono blando y misericordioso de la sátira de Cervantes.

Queda una tercera hipótesis, la del Sr. Foulché-Delbosc, que fija en Toledo el escenario de la *Celestina*. Pero aquí nos encontramos también con la dificultad del río navegable. Nunca desde una azotea de Toledo han podido verse navíos, ni esto puede pasar como una licencia poética. La tentativa grandiosa, pero desgraciadamente efímera, de navegación del Tajo hasta su desembocadura en Lisboa pertenece al reinado de Felipe II. Hubo, sin duda, proyectos anteriores, alguno del tiempo de los Reyes Católicos, pero no autorizaban á un escritor para dar por cumplido lo que no llegó á ser ni intentado siquiera.

Si se prescinde de los *navíos*, resulta que en Toledo concurren casi todos los pormenores topográficos citados por Rojas: las tenerías junto al río; los nombres de las parroquias de San Miguel y la Magdalena y de alguna calle como la del Arcediano, si es que realmente se la puede identificar con una antigua plaza del mismo nombre. De la calle del Vicario Gordo, mencionada también en la obra, nadie da razón hasta ahora. Pármeneo refiere haber servido nueve años en el monasterio de Guadalupe, que pertenece á la diócesis de Toledo, aunque situado en Extremadura.

Pero es el caso que algunas de estas cosas no son peculiares de Toledo: tenerías

(4) En el ya cita lo artículo de las *Varietudes ó Mensajero de Londres*, p. 246.

10604

junto al río había también en Salamanca (como hemos visto), é iglesias de San Miguel y de la Magdalena allí y en Sevilla, aunque creo, por las razones expuestas, que Rojas no pudo pensar más que en una ciudad castellana. ¿Y por qué en una ciudad determinada? ¿No pudo crear, como suelen hacer los novelistas, una ciudad ideal, con reminiscencias de las que tenía más presentes, es decir, Salamanca y Toledo? El haber puesto una circunstancia que es imposible en ambas mueve á creer que no quiso concretar demasiado el lugar de la acción, para lo cual tendría muy buenas razones; que no es el cuento de Calisto y Melibea de los que pueden achacarse á personas particulares, moradoras de cierto pueblo, sin que padezca no leve mengua su buena fama y la de su apellido.

Poco nos importa todo esto. La *Celestina* no es obra local, sino de interés permanente y humano. Los datos sencillísimos de su fábula: una pasión juvenil, una tercera amorosa, una doble catástrofe trágica, han podido reproducirse infinitas veces. En esta parte Rojas no inventó ni quiso inventar nada, porque su arte, antítesis radical de los libros de caballerías, no estribaba en quiméricas combinaciones de temas incoherentes. Tomó del natural todos sus elementos y extrajo el jugo y la quinta esencia de la vida.

Pero aunque su obra sea directamente naturalista y deba tenerse por un original dechado de pasmosa verdad y observación encarnizada y fría, no puede desconocerse que la armazón ó el esqueleto de la fábula, y aun la mayor parte de los personajes, y por de contado las sentencias y máximas que pronuncian, tienen abolengo próximo ó remoto en la literatura clásica, y en sus imitadores de la Edad Media y del Renacimiento, y en algunas obras también de nuestra propia literatura. La investigación de las que en este sentido pueden llamarse fuentes de la *Celestina* daría materia para un libro entero, del cual ya existe un excelente capítulo, el relativo á los «antecedentes del tipo celestinesco en la literatura latina» (1). Aquí nos limitaremos á lo más esencial, insistiendo en lo menos sabido.

La influencia clásica fué reconocida, aunque en términos vagos, por Aribau. «Sin parecerse la *Celestina* á ninguna de las obras de la antigüedad, en toda ella trasciende un olor suavísimo de lectura y meditación sobre los mejores modelos» (2). No se parece, en efecto, á ninguna; pero tiene rasgos sueltos de muchas, y algo, capital á mi juicio, que procede de fuente conocida.

No doy grande importancia á los nombres históricos, geográficos y mitológicos; pedantería harta fácil y común á todos los autores de aquel tiempo, pero merecen más atención las citas positivas de varios clásicos que hay esparcidas por el libro y la traducción ocasional de alguna frase ó sentencia. Desde las primeras líneas del prólogo nos encontramos con el filósofo Heráclito y la exposición bastante clara de un principio capital de su sistema físico: «Todas las cosas ser criadas á manera de contienda ó batalla, dice aquel gran sabio Eráclito en este modo: *Omnia secundum litem fiunt*».

Más adelante nos da noticias del pez *echeneis*, que parecen tomadas de Aristóteles, Plinio y Lucano, pero que realmente lo han sido del Comendador Hernán Núñez en

(1) Vid. el artículo de D. Adolfo Bonilla y San Martín, en la *Revue Hispanique*, tomo XV (1906), pp. 372-386.

(2) *Discurso preliminar sobre la novela española* (en el tomo III de la colección de Rivadeneyra), p. XIV.

su glosa á Juan de Mena: «Aristóteles y Plinio cuentan maravillas de un pequeño pece llamado Echeneis... Especialmente tiene una, que si llega á una nao ó carraca, la detiene que no puede menear, aunque vaya muy rezió por las aguas; de lo cual haze Lucano mencion diciendo:

*Non puppim retinens, Euro tendente rudentes,  
In mediis Echeneis aquis...*

» No falta allí el pece dicho *Echeneis*, que detiene las fustas cuando el viento Euro estiende las cuerdas en medio de la mar» (1).

Del texto de la *Tragicomedia* sólo recordaré unos cuantos lugares, dejando lo demás para quien emprenda el comentario perpetuo que tal obra merece. La madre Celestina, en el aucto IV, cita con precisión un verso de Horacio, sin nombrarle: «¿No has leydo que dizen: *verná el día que en el espejo no te conozcas*». El lírico latino había escrito (Od. IV, carm. X, v. 6.):

*Dices, heu! quoties te in speculo videris alterum...*

Sempronio nos advierte (aucto VIII) que «las yras de los amigos suelen ser reintegración de amor». Es sentencia muy sabida de Terencio en la *Andria* (v. 556): «*Amanitium irae, amoris integratio est*». Pármeno, tan leído como su compañero, traduce, embebiéndolos en el diálogo, cuatro versos del prólogo de las sátiras de Persio (8-11):

*Quis expedit psittaco suum χαιρς  
Picasque docuit verba nostra conari?  
Magister artis ingenique largitor  
Venter, negatas artifex sequi voces.*

«La necesidad e pobreza; la hambre, que no ay mejor maestra en el mundo, no ay mejor despertadora e abivadora de ingenios. ¿Quién mostró á las picaças e papagayos ymiten nuestra propia habla con sus *harpadas lenguas* (2), nuestro órgano e boz, sino esta?» (Aucto IX).

En boca de Pleberio (aucto XX) encontramos el «*degeneres animos timor arguit*» de Virgilio (*Æn.*, IV, 13): «á los flacos coraçones el dolor los arguye». Y en su lamentación repite el «*Cantabit vacuus coram latrone viator*» de Juvenal (Sat. X, 22): «como caminante pobre que sin temor de los crucles saltadores va cantando en alta boz».

Estos y otros pasajes (3), que sin esfuerzo notará cualquier humanista, pertenecen

(1) Comentando un verso de la copla 252 del *Laberinto*.

Allí es mezclada gran parte de echino.....

había citado el Comendador los mismos textos de Plinio, Aristóteles y Lucano, traduciendo este último en los mismos literales términos que Rojas: «No falta ally el pez dicho echeneis, que detiene las fustas en mitad del mar quando el viento euro estiende las cuerdas». El plagio no puede ser más completo, aunque nadie se había fijado en él antes del Sr. Foulché-Delbosc. La *Glosa* del Comendador se imprimió en 1499, el mismo año que la *Celestina*, pero sabido es que su prólogo no aparece hasta 1502 en las ediciones refundidas. De la fuente general de este prólogo se tratará más adelante.

(2) Estas *harpadas lenguas* pasaron á Cervantes.

(3) No he podido encontrar en las obras de Séneca la sentencia que Celestina le atribuye en el aucto I: «Que, como Séneca dice, los peregrinos tienen muchas posadas e pocas amistades, porque